

En busca del límite

ENRIC JULIANA

LA VANGUARDIA, 08.06.08

José Tomás salió el jueves a hombros de Las Ventas y Madrid amaneció el viernes con un suspiro religioso. Manolete redimió la posguerra y este torero estoico, valiente y medio republicano está adquiriendo una gran estatura en tiempos de confusión y opulento vértigo. Las ganas de creer en su autenticidad son hoy enormes en Madrid. Son exactamente proporcionales al desplome de la fantasía inmobiliaria. Parece muy genuino el nuevo héroe. Tiene un aire de torero filósofo. Serio. Profundo. Iluminado. Enjuto. Se arroja con su mirada azabache, sabiendo, como todo buen estoico, que un día perderá. Y republicanea como Joaquín Sabina: brindó el primer toro al público y no al Rey; nada más.

Parece verídico Tomás. Y en Madrid hay muchos deseos de creer en algo que no sea el Ibex 35. Después de catorce años opíparos, la verbena económica se acaba. La fe en lo venidero se reblandece. La derecha, que decía tenerlo todo claro - mañana, tarde y noche-, se tambalea, entregada a una oscura danza caníbal. La Conferencia Episcopal descubre que tiene a un okupa en casa (en el piso de arriba, junto al palo de la emisora). Y Zapatero, como siempre, sonrío. Es entonces, justamente entonces, cuando en la plaza de toros de Las Ventas se afirma, inapelable, una poderosa individualidad. España es así. Y así nacen sus mitos. Valiente más allá del cálculo, y a la vez muy meditado, Tomás es un artista verdaderamente magnético. No hace falta ser un amante de los toros para apreciarlo. José Tomás es un acontecimiento.

El jueves fue un delirio lo de Las Ventas, la plaza más mundana del mundo, en la que unos improvisados camareros venden whisky en vaso largo, recorriendo los tendidos con unos cubos de plástico donde chapotea el hielo. Sutilezas madrileñas. Hasta entonces, hasta la tarde del éxtasis, lo más destacado de la feria taurina había sido el gesto de terror del ex alcalde Álvarez del Manzano ante un miura ansioso que logró saltar la barrera, y la exhibición de los rebeldes del Partido Popular en un angosto burladero: Gabriel Elorriaga, Ignacio Astarloa, Ignacio González, Enrique Granados y Juan Costa, el deseado, el Bob Kennedy español, según la pluma de Pedro J. Ramírez, que siempre escribe en serio y en broma.

Faltaba, en el burladero de Esperanza Aguirre, el más listo de todos ellos, Carlos Aragonés, jefe de gabinete de José María Aznar en la Moncloa, el único hombre inteligente de la derecha capaz de decir, sin embudos, que cree en el centralismo, por sentido práctico y operativo. Lo dice sonriendo, sin tremendismo, ni angustia en el alma, puesto que no es de los que cree que España vaya a romperse. Esto sólo lo piensan - mejor dicho, hacen ver que lo piensan, con estudiada gravedad y afectación-, Jaime Mayor Oreja y la señora Rosa Díez, que será utilizada como principal ariete del jaleo españolista. Tome nota el lector. Ello ocurrirá una vez que Mariano Rajoy gane, con algún apuro, el congreso de Valencia, al que va a llegar políticamente vivo. Contra pronóstico.

El debate en la derecha es opaco, confuso y ruidoso por la ausencia de un líder alternativo, pero su disyuntiva estratégica es seria. "Si no garantizamos el centro, la crisis económica que se nos viene encima puede dar pie al populismo", sostiene José María Lassalle, intelectual del nuevo grupo dirigente, insultado a diario por la Cope, lo cual le confiere

el título de persona honorable. Cuando se deja ir, Lassalle evoca el perenne ejemplo de la República de Weimar, hundida por la derecha y la izquierda extremas. Tiene un sugerente pensamiento literario.

Aragonés, que respeta a Lassalle (y viceversa), teme lo contrario: la transformación del PP en una nueva CEDA, la confederación de derechas autónomas de la República; el Weimar español. Teme una federalización vergonzante de la derecha y el imperio especulativo de los barones regionales, en detrimento del fuerte núcleo rector que toda situación de incertidumbre exige. Centro estabilizador y difuso, u oligarquía imperativa y operativa. De eso también se discute en el PP, aunque no lo parezca.